

CIUDAD DE PALACIOS... DE LUCES CALLES DE TRADICIÓN, HISTORIA Y PRESENTE

ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO



Ángeles González Gamio es
Directora General de la Crónica de
la Ciudad de México.

La Ciudad de México es sin duda una de las que ofrece en el mundo más opciones de disfrute cultural, gastronómico y, hay que decirlo, ¡jetílico! Sus innumerables cantinas y barecitos plantean buenas pautas de descanso durante los recorridos culturales. Vamos a iniciar nuestro paseo apreciando la riqueza arquitectónica de la vieja ciudad, que nos permite leer su historia a través de sus construcciones. En el Centro Histórico existe un vasto “muestrario” que comienza con la arquitectura prehispánica del siglo XIV al XVI, en los vestigios del Templo Mayor de los aztecas, que enseña su pasada grandeza, evidente en las dimensiones y en las notables esculturas: cabezas de serpientes, ranas y relieves maravillosamente labrados en la piedra. No se quedan atrás las pinturas al fresco que decoran el recinto de los valerosos guerreros, los caballeros águila, aledaño al antiguo templo.

A unos pasos de este histórico sitio se admira la imponente catedral metropolitana, que con sus cerca de 300 años de construcción nos regala diversos estilos: herreriano, renacentista, gótico, barroco y neoclásico, cada uno reflejo de una época y una mentalidad particular.

Justo enfrente del Templo Mayor surge imponente el Palacio del Marqués del Apartado, uno de los mejores ejemplos del neoclásico, diseñado por Manuel Tolsá, de los principales maestros de ese estilo. En el patio, una rústica escalera nos lleva a la vista de la espléndida escalinata de una pirámide azteca, en perfecto estado de conservación.

Una caminata por la avenida 5 de Mayo, originalmente un pequeño callejón llamado del Arquillo, incrustado en las casas del conquistador Hernán Cortés (consideradas como una pequeña ciudad por su tamaño e instalaciones), que en el siglo XIX se amplió hasta lo que hoy es la calle de Bolívar, donde se construyó el Teatro Nacional, cuyo diseño estuvo a cargo del afamado

arquitecto Lorenzo de la Hidalga. El teatro fue destruido en tiempos del Porfiriato para ampliar la vía, obedeciendo a los afanes modernizadores del longevo mandatario, que consideraba que el centro de la capital debería contar con una gran avenida, a la altura de las ciudades europeas, que eran su modelo, y con las mejores edificaciones. Para ello contrató arquitectos del viejo continente (haciendo de lado a magníficos mexicanos) y mandó construir palacios como el de Correos, el de Comunicaciones y el majestuoso Palacio de Bellas Artes, del que el italiano Adamo Boari sólo alcanzó a concluir el exterior, en ondulante estilo *art nouveau*, recubierto de mármoles de Carrara, ya que al llegar la Revolución optó por regresar a su patria. El edificio se concluyó 15 años más tarde por arquitectos nacionales y con materiales de nuestro país, en el más puro *art deco*, que era la moda imperante en ese momento.

Volviendo a la avenida 5 de Mayo, esta evolución que hemos señalado, de lo que fue el callejón del Arquillo del siglo XVI a la importante vía de inicios del XX, permitió que a lo largo de cuatro siglos fuera quedando huella de los distintos estilos arquitectónicos que caracterizaron cada época. Del XVI no queda a la vista prácticamente nada, pues a raíz de la terrible inundación de 1629, que mantuvo anegada la ciudad durante cinco años, todo se reconstruyó; sin embargo, en los cimientos y muros de la magna construcción del Monte de Piedad, en estilo barroco, levantada en el siglo XVIII, se conservan las piedras de los edificios de Hernán Cortés, a su vez erigidos con las que tomaron de las construcciones de los aztecas.

Todo esto constituye una de las fuentes importantes de disfrute y creatividad de la metrópoli, al igual que lo son las decenas de plazas, sobre todo en las partes viejas de la ciudad. El Centro Histórico tiene alrededor de 50, algunas de las más majestuosas y bellas del mundo. Desde luego, destaca la Plaza de la Constitución, a la que llamamos popularmente el Zócalo por el basamento que se edificó en el siglo XIX para erigir un monumento a la Independencia, que mandó hacer Santa Anna durante una de sus once presidencias, mismo que no se realizó, pero el zócalo quedó por varios años, bautizando el lugar.

De hermosura sin par es la plaza de Santo Domingo, rodeada de impactantes construcciones como el Palacio de la Inquisición, que de haber sido la casa de la muerte y el tormento, al eliminarse el nefasto tribunal, fue convertida en la Escuela de Medicina, que formó a los hombres que salvan la vida y quitan el dolor. Ahora aloja al precioso Museo de la Medicina que se remonta a la época

prehispánica e incluye una sala dedicada a la herbolaria, que muestra en frascos de cristal muchas de las yerbas que han curado durante los siglos a millones de mexicanos.

Allí se encuentra también la iglesia de Santo Domingo, que fue parte de uno de los conventos más lujosos de la ciudad, destruido tras la desamortización de los bienes del clero. Afortunadamente el bello templo barroco se salvó, y en su interior muestra una interesante mezcla de altares barrocos y neoclásicos; el principal, obra de Manuel Tolsá.

Pero allí no acaban las maravillas de la plaza; también luce el magno edificio que era sede de la antigua aduana, hoy oficinas de la Secretaría de Educación Pública. Siqueiros pintó en su interior, en la gran escalera, magníficos murales. En otro costado están unas hermosas casas que originalmente fueron de La Malinche y el capitán Jaramillo, con quien la casó Cortés tras la Conquista. Después fue la casa del primer cirujano que hubo en la capital.

Otra plaza deliciosa es la de Loreto, con dos magníficos templos, uno neoclásico, que es el que la bautiza, y otro barroco: Santa Teresa la Nueva. En el centro tienen una hermosa fuente que se dice es obra de Lorenzo de la Hidalga y estuvo en el famoso Paseo de Bucareli, donde iban a pasear por las tardes las damiselas y los jóvenes de alcurnia, en sus carruajes lujosamente adornados, escoltados por cortejos de esclavos, negras y negros, con elegantes atavíos.

De gran elegancia es la Plaza Manuel Tolsá, ubicada en la calle de Tacuba, con dos excelentes muestras del genio del arquitecto escultor cuyo nombre la bautiza: el Palacio de Minería y la estatua ecuestre de Carlos IV, conocida como “El Caballito”. Allí se encuentran también el antiguo Palacio de Comunicaciones, unas casas del siglo pasado y el que fue templo de Betlemitas, hoy Museo del Ejército. Atrás del Palacio de Minería se asoma la mole de cristal de la Torre Latinoamericana, símbolo del México moderno. Estas construcciones representan tres siglos de nuestra historia.

Los lugares más gratos para fomentar la creatividad y la imaginación son los museos. En el Centro Histórico hay más de 50, la mayoría en edificios que en sí mismos constituyen una obra de arte. Para mencionar sólo algunos: el Franz Mayer, en lo que fue el Hospital de San Juan de Dios, con uno de los patios más hermosos. El Museo Nacional de Arte, en la impresionante construcción ecléctica del antiguo Palacio de Comunicaciones. Un patio con platanillos, buganvillas, magueyes y pinos da verdor y frescura al Museo Nacional de las

Culturas, que ocupa el edificio que fue la Casa de Moneda, en la calle del mismo nombre. A unos pasos se encuentra el majestuoso Palacio del Arzobispado, que ahora muestra la colección *Pago en Especie*, de la Secretaría de Hacienda, y conserva una impresionante escalinata con alfardas, que perteneció al templo de Tezcatlipoca, sobre el que se construyó el antiguo arzobispado.

A la vuelta, en la calle de Academia, el que fue convento de Santa Inés, espléndida construcción que “modernizó” Manuel Tolsá a fines del siglo XVIII, aloja al Museo José Luis Cuevas, y dando vuelta a la manzana se encuentra el magnífico Colegio de San Ildefonso, con las mejores exposiciones temporales que se presentan en el país, para rematar con el Museo del Templo Mayor, en un moderno edificio que tiene como vista el sitio de donde salieron las espléndidas piezas que allí se muestran, comenzando por la impresionante Coyolxauqui, cuyo hallazgo dio pie a las excavaciones de ese santuario azteca.

Continuando con el Centro Histórico, allí se encuentra también la más amplia variedad de sitios de esparcimiento, como teatros, cines, bares y cabarets. Hay desde lo más exclusivo, como Bellas Artes, donde se disfrutaban la ópera y los conciertos, o el Teatro de la Ciudad, el Lírico o el Orfeón y el Metropolitano, con los mejores espectáculos internacionales, el Blanquita, con lo popular, el Papá Jesús, con los mejores grupos de música afroantillana, o los nuevos bares para jóvenes, en antiguas casonas decoradas con ingenio y con lo último en sistemas de video y música.

La gastronomía tiene los mejores exponentes, para todos los gustos y presupuestos. Si se desea comida oriental, en la calle de Dolores están los restaurantes chinos más antiguos de la capital. La española tiene sus lugares característicos como el Casino Español, y los centros Castellano, Vasco y Catalán. La comida mexicana tradicional se degusta en la Hostería de Santo Domingo, el Café Tacuba y El Cardenal. Las versiones “modernas”, también llamadas *nouvelle cousine*, están en Los Girasoles, en la Plaza Manuel Tolsá y en Bolívar 12. Los libaneses no se quedan atrás y en el barrio de La Merced, sitio a donde llegaron algunos inmigrantes de esa nacionalidad, hay varios sitios buenos para escoger: El Emir, El Edhen, Líbano y Al Andalus, este último en unas preciosas casitas gemelas en la calle de Mesones, con soleados patios perfumados por geranios.

Y no hay que olvidarse de las cantinas, esos lugares mágicos donde el tiempo pierde sentido, que invitan a la confianza, el relajamiento y avivan la imaginación. En el maravilloso Centro Histórico hay una cantina prácticamente en cada esquina. Algunas son memorables, como La Ópera, con su decoración rococó, su bellísima barra labrada en finas maderas y, en el techo, la bala que disparó Pancho Villa cuando la visitó con su huestes.

Otra de leyenda es El Nivel, con sus cerca de 150 años de vida, ubicada en donde se dice estuvo la primera universidad. Se comenta que su oferta de inauguración, de dos copas por el precio de una, fue la causante del incendio del recinto de la Cámara de Diputados, que se encontraba adentro de Palacio Nacional, ya que los soldados que trabajaban en el techo de plomo, a la hora de su descanso, aprovecharon con entusiasmo la promoción.

No se puede dejar de mencionar El Gallo de Oro, enfrente de la pequeña plaza conocida por el reloj otomano y la graciosa ranita. Allí se especializan en platillos mexicanos y siempre tienen gusanos de maguey, de los coloraditos. Por su parte, el Bar Sobia, en la calle de Palma, metido en un sótano increíblemente fresco, ofrece excelente cabrito, precedido de un buen caldo de camarón.

Así, entre visitas a museos, caminatas por las calles llenas de edificios de bella arquitectura de todas las épocas, paseos por las plazas, buenos aperitivos y digestivos, magníficas comelitonas, teatro, música, compras y cines, alcanzan plenitud el disfrute y la creatividad en la prodigiosa Ciudad de México. Ya lo dicen las profecías: “En tanto que permanezca el mundo, no acabará la fama y la gloria de México Tenochtitlan”.